

Tomás Pérez Vejo

Doctor en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Coordinador del posgrado en Historia del Arte, Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Es autor de los libros: *Pintura de historia e identidad nacional*, Universidad Complutense, Madrid, 2001; *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Nobel, Oviedo, 1999. En coautoría ha publicado: *Antología comentada de la literatura española. Siglo XVIII*, Castalia, Madrid, 1999; y *Antología comentada de la literatura española. Siglo XIX*, Castalia, Madrid, 2000. Entre sus artículos recientes destacan "La independencia de Cuba en la prensa mexicana", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 615, septiembre 2001, pp. 41-52; "Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes", *Historia y Grafía*, núm. 16, año 8, 2001, pp. 73-110; y "La guerra hispano-norteamericana del 98 en la prensa mexicana", *Historia Mexicana*, vol. 1, núm. 2, octubre-diciembre de 2000, pp. 271-308. Además cuenta con numerosos artículos en libros colectivos.

Resumen

Partiendo de las hipótesis de que las ilustraciones de la prensa constituyen una de las herramientas más útiles para la reconstrucción de los imaginarios colectivos de las clases medias decimonónicas y de que la lucha por el control de éstos es una de las claves de la vida política moderna, se analizan las representaciones iconográficas del Caribe aparecidas en la prensa española de 1834 a 1874, y sus relaciones con los imaginarios españoles de la época.

Palabras clave:

Historia, España, Caribe, siglo XIX, imaginarios.

Abstract

Based on the hypothesis that illustrations in periodicals are some of the most useful tools to reconstruct collective imaginaries of the middle classes during the 19th century, and that the struggle for their control is a key aspect of modern political life, this article analyzes the iconographic representations of the Caribbean that appeared in Spanish newspapers from 1834 to 1874 and their relationship with Spanish imaginaries.

Key words:

History, Spain, Caribbean, XIX century, imaginaries.

Fecha de recepción:
agosto de 2001

Fecha de aceptación:
enero de 2002

El Caribe en el imaginario español: del fin del antiguo régimen a la restauración

Tomás Pérez Vejo

POLÍTICA EXTERIOR E IMAGINARIOS
COLECTIVOS

El conocido viajero-escritor estadounidense Robert D. Kaplan se pregunta, en su libro *Viaje a Tartaria*,¹ por el papel que en “el gran juego”, el sutil y complejo pulso diplomático/militar mantenido por rusos y británicos a finales del siglo XIX en el espacio geográfico que se extiende desde el golfo de Adén al mar Caspio (la Tartaria de los viejos mapas europeos), tuvo la prensa a través de la difusión de una imagen, parcial e interesada, de estos exóticos territorios entre las clases medias de la Inglaterra victoriana. Imagen parcial e interesada, habría que añadir, que condicionó, cuando no determinó, la política inglesa en la zona a la vez que sirvió para justificar ésta ante la opinión pública contemporánea.

¹ Kaplan, *Viaje*, 2001. Kaplan es autor de varios libros de viajes, centrados en temas de política internacional, una especie de género mestizo entre el libro de viajes, el reportaje periodístico y el análisis histórico-político. Su obra más conocida, *Fantasmas balcánicos*, incluida por el *New York Times* entre los mejores libros publicados en 1993, es un lúcido análisis de la Yugoslavia anterior a su disgregación y de las condiciones que hicieron posible el último conflicto de los Balcanes.

Kaplan está rozando, posiblemente sin ser consciente de ello, una de las ideas que más fructíferas pueden resultar para la evolución de la ciencia política en los próximos años: la idea de que la política no es, o no es exclusivamente, algo centrado en las relaciones e intereses de poder sino el debate entre individuos de una sociedad, o entre sociedades, en torno a aquello que creen justo o correcto,² en torno a lo que corresponde, o no corresponde, con su imagen del mundo.

La política es una lucha por el poder pero de forma vicaria. El centro del debate político, lo que está detrás de todo ejercicio de poder, es la “lucha por controlar la imaginación de los pueblos”,³ la lucha por el control de la producción simbólica⁴ y, en última instancia, la lucha por el control de los imaginarios⁵ sociales. Habría que comenzar a ver la política, no sólo

² Sobre este planteamiento véase Cerny, *Changing*, 1990, pp. 17-18.

³ Pekonen, “Symbols”, 1989, p. 132.

⁴ Véase como ejemplo Geertz, *Interpretation*, 1973, pp. 193-233.

⁵ Uso el término imaginario en el sentido de una forma de ver y entender el mundo, de “imaginar” la realidad social, previa al discurso explícito. Un imaginario sería el sistema de valores y creencias que tamiza, condiciona y determina la forma en que ima-

como una lucha de intereses, sino como una fábrica de sueños o, si se prefiere, una manufactura de símbolos. Perspectiva que nos permitiría, además, entender mejor ese, aparentemente inexplicable, desplazamiento en las sociedades contemporáneas de los debates ideológicos (la política entendida como conflicto sobre lo que pensamos) por los debates identitarios (la política entendida como conflicto sobre lo que somos). Proceso que sólo reflejaría cómo, en la lucha por el control de la imaginación de los pueblos, el problema de la identidad (qué somos) se ha convertido en más importante que el problema ideológico (qué pensamos).

La idea de que la política es, en esencia, una lucha por el control de los imaginarios colectivos puede aplicarse a no importa qué sociedad, pero se vuelve especialmente nítida con el desarrollo, a partir de finales del siglo XVIII, de nuevos Estados en los que el ejercicio del poder pierde su carácter sagrado, “por la gracia de Dios”, y pasa a depender de un consenso público, “por la gracia del pueblo”. A partir de ese preciso momento, la “lucha por controlar la imaginación de los pueblos” se convierte de forma explícita en el objetivo último de toda actividad po-

giamos el mundo para volverlo coherente y comprensible. En este sentido el término imaginario no es equivalente al de imagen, aunque posiblemente, y ésta es la hipótesis de este trabajo, sea el análisis de las imágenes una de las mejores herramientas de que disponemos para la reconstrucción de los imaginarios colectivos y de su proceso de “invención”. Un imaginario no es una imagen pero se construye y se plasma en imágenes, físicas o mentales. El propio carácter polisémico de las imágenes, con una lógica de percepción difusa y no necesariamente racionalizada, hace aún más próximos imaginarios e imágenes.

lítica. Esto no quiere decir que previamente no fuese así, sino que, mientras en las sociedades de antiguo régimen “la lucha por controlar la imaginación de los pueblos” se centró, casi exclusivamente, en afianzar el origen divino del poder (si los pueblos creían que el poder venía directamente de Dios no había necesidad de ninguna otra forma de legitimación), en las nuevas sociedades “burguesas” se centró en crear consenso social en torno a temas concretos sobre política nacional e internacional.

En esta lucha por el control de los imaginarios colectivos la prensa ilustrada, cuyo gran momento fue el siglo XIX, tuvo un papel determinante. Primero hacia el interior, contribuyendo de forma decisiva, como ya he analizado en otras ocasiones,⁶ a configurar la nación como sujeto privilegiado y universalmente aceptado de la vida política; pero también hacia el exterior, contribuyendo de forma no menos decisiva a identificar los intereses de la nación en el ámbito internacional.

La prensa ilustrada del siglo XIX fue la principal responsable de la configuración y difusión de una imagen del mundo capaz de justificar, explicar y legitimar las políticas exteriores llevadas a cabo por los gobiernos de los diferentes países. La representación del mundo no es neutra, determina una forma de ver, de imaginar los diferentes espacios geográficos y de las relaciones que se deben de tener con los pueblos que los habitan. Mediante grabados y litografías las elites europeas

⁶ Pérez Vejo, “Invención”, 2000 (a), pp. 355-369; y Pérez Vejo, “Invención”, 2000 (b), pp. 395-408. Véanse también estos dos artículos para algunas precisiones metodológicas en torno al uso de la prensa ilustrada para la reconstrucción de imaginarios.

del siglo XIX crearon y difundieron una visión del mundo que permitía identificar y reconocer intereses nacionales de ámbito planetario. Sin duda tiene razón Brubaker cuando afirma, en otro contexto, que “la identificación y constitución de los intereses [...] es un proceso complejo que no puede reducirse a la manipulación de la elite”,⁷ pero no parece demasiado arriesgado afirmar que, en este caso concreto, la *identificación* y el *reconocimiento* de intereses nacionales por la prensa ilustrada estaban claramente mediatizados por las elites de cada país. Las imágenes difundidas por ellas representaban una visión y división del mundo, a grandes rasgos la de la elite gobernante, que servía para justificar, explicar y legitimar las políticas exteriores que esta misma elite estaba llevando a cabo.

Las imágenes de la prensa ilustrada, en general una preciosa guía para la reconstrucción de los imaginarios colectivos de los grupos alfabetizados decimonónicos, se convierten así en prácticamente imprescindibles para la reconstrucción de la imagen del mundo que justificó, explicó y legitimó las políticas exteriores mantenidas por los gobiernos de los diferentes países a lo largo del siglo XIX.

IMAGINARIOS IMPERIALES ESPAÑOLES

La construcción de un imaginario exterior español estuvo, en el siglo XIX, determinado por el auge que el imperialismo, no sólo como realidad sino también como movimiento ideológico, tuvo en el pensamiento de la época. Para entender el imaginario español decimonónico sobre el

mundo no español es necesario, por lo tanto, y aunque sea de forma muy sucinta, hacer una breve referencia a lo que el imperialismo significó en el imaginario colectivo de los países europeos durante buena parte del siglo XIX.

El imperialismo, considerado desde una perspectiva cognoscitiva, no es un problema económico, es un modo de entender el mundo. Una ideología que, parafraseando a Pierre Bourdieu, posee una manera de explicar y contar lo social. Las interpretaciones economicistas del imperialismo, al ignorar este aspecto cognoscitivo, este componente de forma de entender el mundo, dejan importantes, cuando no decisivas, cuestiones por responder. A pesar de la conocida afirmación del “imperialismo, fase superior del capitalismo”,⁸ existen fenómenos “imperialistas” en sociedades que difícilmente se pueden considerar en una fase de capitalismo maduro, los ejemplos son múltiples, e incluso en aquellas sociedades capitalistas avanzadas, la expansión imperial no siempre es, desde la mera racionalidad económica, rentable. Se podría afirmar, retomando lo dicho por Schumpeter a propósito de las guerras, que las expansiones coloniales racionales, desde un punto de vista exclusivamente económico, son más bien escasas, más la excepción que la norma.

Hubo, además de las económicas, otras causas en el desarrollo del imperialismo; desde los intereses del propio Estado, cuyas necesidades (prestigio, soldados, nuevos impuestos, crecimiento burocrático, etc.) no tienen por qué coin-

⁷ Brubaker, “Mitos”, 2000, p. 381.

⁸ Esta afirmación, popularizada por Lenin, fue acuñada originalmente por Hobson (Hobson, *Imperialism*, 1902).

cidir con los de la suma de los ciudadanos, hasta una respuesta psicológica a las necesidades de afirmación nacional, una forma de narcisismo colectivo, de afirmación de la superioridad intrínseca de la nación de uno sobre las demás, directamente relacionada con el propio desarrollo de la identidad nacional e, incluso, posiblemente, con su plena madurez y universalización entre todos los grupos sociales.

Para que el desarrollo del imperialismo fuese posible hubo que "controlar la imaginación de los pueblos" y construir una imagen del mundo capaz de, por un lado, legitimar las políticas estatales; y, por otro, de convertir en "interés nacional" lo que en origen eran únicamente los intereses de determinados grupos políticos, intelectuales y económicos. Hubo, en definitiva, que convertir al imperialismo en una forma de ver el mundo, en la base de una estructura cognoscitiva de aprehensión de la realidad.

Este enfoque cognoscitivo permitiría explicar "imperialismos" cuya falta de racionalidad económica resulta más que evidente. Ya a principios de la década de los sesenta, Hayes⁹ se interrogaba sobre las dificultades para descubrir excedentes de capital y de producción en Rusia e Italia durante el periodo 1874-1914. Lo mismo, para lo que aquí nos interesa, pero corregido y aumentado, cabría preguntarse respecto al epigónico "imperialismo" español decimonónico. Permitiría explicar también el interés de los aparatos burocráticos estatales por crear y controlar un imaginario imperialista que, en muchos casos, no sólo satisfacía el narcisismo colectivo sino que servía, además, para

afianzar el sentimiento identitario nacional. El imperialismo pudo ser en muchos momentos una forma de legitimación política.

Este último aspecto es muy claro en el caso español, donde se podría afirmar que las campañas coloniales emprendidas por el gobierno de la Unión Liberal en los inicios de la segunda mitad del siglo XIX estuvieron determinadas en gran parte por la necesidad de legitimación del nuevo Estado liberal. En un Estado, ya no de antiguo régimen, pero de legitimidad no democrática, la opción fue el recurso a una legitimidad de tipo historicista en la que el nuevo poder político se presenta a sí mismo como el depositario de la historia de la nación. Puesto que uno de los rasgos determinantes y esenciales del ser español, tal como éste se perfilaba en la historiografía del momento, era su carácter imperial, ¿qué mejor forma de demostrar la fidelidad al alma eterna de la nación que retomar la ya olvidada senda de la expansión territorial? Olvido del que además, por supuesto, aparecía como principal responsable el absolutismo monárquico, que mostraba así, no sólo su carácter abyecto, sino también su ilegitimidad y extrañeza con respecto al ser auténtico de la nación. Las campañas coloniales de la etapa 1856-1868 (Cochinchina, Marruecos, México, Santo Domingo y el Pacífico) son, en parte —hay obviamente otros factores—, el resultado de la imagen que de España y de su pasado histórico había construido la historiografía liberal, un tributo a la historia.¹⁰ Se volverá sobre esto más adelante.

¹⁰ Esta hipoteca de la nación a su pasado imperial pervivirá en España a lo largo de todo el siglo XIX, y posiblemente una buena parte del xx. Hechos como

⁹ Hayes, *Nationalism*, 1960.

La prensa ilustrada contribuirá a esta configuración de un imperio imaginario creando una imagen interesada de aquellos territorios en los que la acción imperial de los pueblos europeos debía “necesariamente” ejercerse. En el caso español, este imaginario imperial se limitó al norte de África, Filipinas y el Caribe, pero con la pervivencia de una vaporosa y nostálgica imagen de un imperio espiritual en los que habían sido territorios de la antigua corona española. Estaríamos, desde esta última perspectiva, ante una especie de imperialismo de sustitución, más el sueño de un imperio que un proyecto imperial en sentido estricto. Sueño imperial capaz, sin embargo, de alimentar el narcisismo colectivo presente en todo el imperialismo decimonónico.

Un análisis de la imagen del Caribe en la prensa ilustrada española arroja, por lo tanto, mucha luz, tanto sobre las ambiciones de los gobiernos españoles en la zona, como sobre las complejas relaciones del imaginario español con lo que habían sido antiguos territorios de la corona en América y sobre su propia configuración como nación. El Caribe une la pervivencia de la única presencia colonial española relevante, Cuba y Puerto Rico, a la fantasmagoría de un espacio geográfico que en días no lejanos había sido el corazón del imperio español en América.

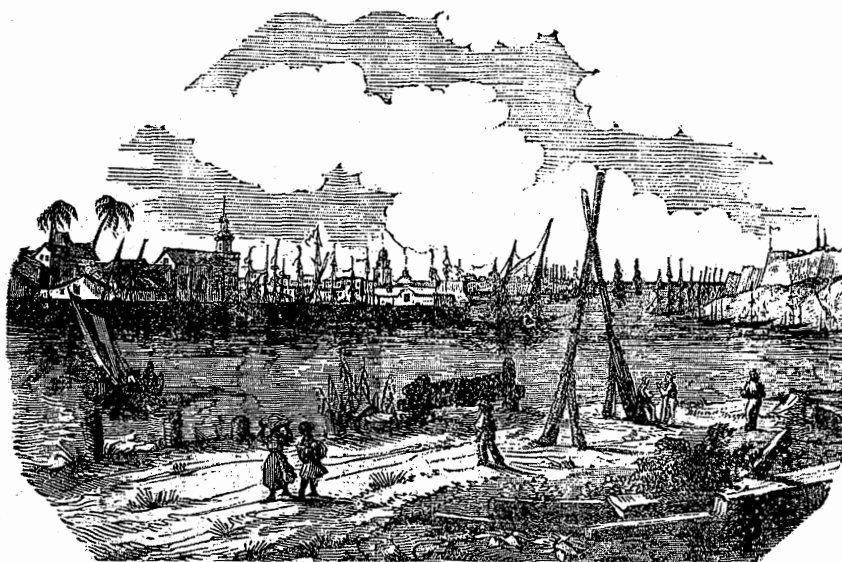
la crisis del 98 y su obsesiva fijación con el “problema de España” adquieren nuevos matices analizados a la luz de esta idea. La pérdida de los últimos territorios de ultramar era, para una nación construida sobre el arquetipo histórico de una nación imperial, mucho más que la simple pérdida de un mercado colonial. Era la puesta en cuestión del propio ser de España, de la misma existencia de la nación española.

UN CARIBE QUE NO ES EL CARIBE

Antes de iniciar el análisis del proceso de construcción del Caribe en el imaginario decimonónico español, es necesario hacer algunas consideraciones previas. La primera es la inexistencia, en ese momento histórico concreto, del Caribe como concepto geográfico. Lo que aparece reflejado en los miles de imágenes que la prensa ilustrada llevó a los hogares españoles de clase media a lo largo del siglo XIX no es el Caribe, es un espacio difuso, articulado en torno a la isla de Cuba, y no definido ni en cuanto a su extensión ni en cuanto a su imagen. Si para el español de hoy el Caribe es un espacio perfectamente delimitado, es decir, el Caribe insular (aunque cabría preguntarse si para el imaginario español actual el Caribe no es mayoritariamente Cancún), con una imagen estereotipada pero precisa, que podría resumirse en playas, cocoteros, mulatas y salsa, no ocurría así para el español del siglo XIX cuando, de acuerdo con las imágenes de las revistas ilustradas, el Caribe no era ni un concepto espacial claramente delimitado ni menos aún una imagen definida.

En líneas generales cabría afirmar que el Caribe del siglo XIX, según la prensa ilustrada española, era sólo un espacio indefinido de territorios españoles, o que anteriormente habían sido españoles en torno a la isla de Cuba, centro y llave del mundo caribeño:

A pocos minutos del trópico de Cáncer se extiende la justamente celebrada isla de Cuba, reina de las Antillas, por su riqueza, dimensión, importancia, civilización y nombradía. Situada a la entrada del seno mexi-



Vista del puerto de La Habana.

cano, creéla el viajero la llave de un vasto continente.¹¹

El único límite preciso era la frontera norte en la que se situaba el siempre amenazante imperialismo estadounidense. Más amenazante desde que la retórica del conflicto de razas, latinos contra anglosajones, monopolizó el discurso político e ideológico, en especial en el último cuarto del siglo. Es esta imprecisión conceptual la que me ha llevado a considerar en este estudio todos los países situados en torno al mar Caribe, con la única exclusión de Estados Unidos. Es una delimitación discutible pero que obedece a la propia lógica del discurso de las imágenes de la época. Para la prensa ilustrada española del siglo XIX, México forma parte del mismo espacio geoestratégico que Cuba, y tan caribeña es Veracruz como Acapulco. Mientras que Estados Unidos, también con costas hacia el Golfo de México, está al otro lado de la frontera es un extraño, el otro por excelencia, y además un extraño amenazador. En un mundo en que las relaciones de afinidad, de pasado compartido, aparecen una y otra vez, Estados Unidos se configura como un mundo lejano, ajeno y enemigo.

La segunda consideración, obvia pero frecuentemente olvidada, es que son los grabados de las revistas decimonónicas los primeros en hacer llegar a España, a un público amplio, imágenes de los territorios americanos. Por sorprendente que hoy pueda resultarnos, siglos de vida política común no habían ido acompañados de imágenes compartidas. Para la mayoría

de los españoles peninsulares, América fue durante siglos un concepto abstracto, un mundo sin imágenes o, para un grupo muy reducido, el que tenía acceso a los libros de estampas, una vaga alegoría de matronas clásicas con plumas en la cabeza. Las revistas ilustradas fueron las primeras en llevar a un público amplio una imagen de América con voluntad de realidad, desnuda de ropajes alegóricos. Es posible que la primera imagen que tuvo una cierta difusión "popular" de América en España fuese un grabado aparecido ya casi a mediados de siglo, 1840, en el *Semanario Pintoresco Español*, que representa una vista del puerto de La Habana.¹² Una banal visión de barcos con ciudad al fondo pero que al menos tiene el mérito de ser la primera imagen que un número significativo de españoles pudo contemplar de América, y además sin la habitual panoplia de tritones y sirenas.

La tercera, y última, tiene que ver con la periodización histórica. Por motivos de extensión se ha acotado un espacio cronológico reducido, pero relevante a efectos de un estudio de este tipo. Se pospone el inicio de siglo a 1834. El motivo es doble; por un lado, la prácticamente total ausencia de revistas ilustradas, con el concepto que aquí se está manejando, en las tres primeras décadas del siglo XIX; por otro, y éste es el más importante, causa además posiblemente también del anterior, porque hasta la muerte de Fernando VII y el fin real del antiguo régimen en España (obviamente habría que excluir aquellos cortos periodos de tiempo en los que la Constitución de Cádiz estuvo vigente, pero fueron demasiados efímeros

¹¹ Jacinto Salas y Quiroga, "La Habana", *Semanario Pintoresco Español*, 1840, p. 257.

¹² *Semanario Pintoresco Español*, 1840, p. 257.

para tener alguna influencia desde una perspectiva global) no es posible hablar, en sentido estricto, de nación española y menos de un imaginario nacional. La lucha por el control del imaginario, en el sentido al que se ha hecho referencia más arriba, característico de las sociedades modernas, todavía no había comenzado. La muerte de Fernando VII, en 1833, marca, por lo tanto, el límite cronológico inferior de un estudio de estas características.

Quizá sería bueno hacer aquí un pequeño paréntesis para explicar, desde esta perspectiva, la prácticamente absoluta apatía con que la sociedad española recibe el hundimiento del imperio "español" en América y que tanto contrasta con esa especie de psicodrama colectivo en que se convirtió la pérdida de Cuba. Es obvio que mientras en el primer caso las elites españolas no habían conseguido, posiblemente ni siquiera querido, la *identificación* y *reconocimiento* de los intereses "nacionales", en el segundo lo habían logrado ampliamente. Suficiente, en todo caso, para que la independencia de Cuba fuese vista como una pérdida "nacional", perfectamente ejemplificada en la pervivencia, en el lenguaje popular español, de la expresión "más se perdió en la guerra de Cuba". Aunque habría que aclarar que, a pesar de todo, la pérdida de Cuba pudo resultar menos dramática para el país de lo que las elites intelectuales españolas nos transmitieron. No hay que olvidar que, como ocurre en casi todos los países del ámbito occidental, a finales del siglo XIX son precisamente estas elites intelectuales el grupo social más profundamente afectado por el proceso nacionalizador. Su discurso, por lo tanto, tiene un sesgo nacionalista que no necesariamente tiene que corresponder con el del conjunto de la sociedad.

El límite cronológico superior se sitúa en 1874 con la vuelta, tras un corto interregno, de los Borbones al trono de España. También por un doble motivo; por un lado, el periodo conocido en la historiografía española bajo el nombre de restauración tiene suficiente entidad ideológica para merecer un estudio independiente, además del problema, no menor, del altísimo número de imágenes que este periodo produjo, una especie de época dorada de las revistas ilustradas;¹³ por otro, durante la restauración se producen dos hechos que afectarán de forma decisiva al imaginario español sobre el Caribe, y que merecerían, cada uno de ellos, un estudio independiente. El primero, cronológicamente, fue la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América. La conmemoración del IV Centenario produjo todo un *revival* de ese imperialismo nostálgico al que ya se ha hecho referencia, que, por supuesto, afectó también al imaginario español sobre el Caribe. El segundo fue la derrota de 1898 frente a Estados Unidos y, como consecuencia, la pérdida de Cuba y Puerto Rico. Después de 400 años de permanencia ininterrumpida, España dejaba de estar presente en el Caribe. Un hecho que, obviamente, modificó radicalmente la percepción de los españoles sobre este espacio geográfico.

En las cuatro décadas aquí analizadas, 1834-1874, el proceso de construcción

¹³ *La Ilustración Española y Americana, Crónica Universal Ilustrada, La Ilustración Católica, La Academia, El Mundo Ilustrado, La Ilustración Catalana, Revista Ilustrada, La Ilustración Artística, La Ilustración Ibérica, La Ilustración. Revista Hispano-Americana, La Ilustración de España, La Hormiga de Oro, Blanco y Negro, La Ilustración Moderna, La Velada, Pluma y Lápiz, La Gran Vía...*

de un imaginario nacional pasó en España por diferentes fases y, por lo tanto, también el proceso de construcción de una imagen de España en el mundo y de sus intereses en él. Para el objetivo de este estudio, se delimitan una serie de periodos que ofrecen una cierta homogeneidad, en cuanto a los supuestos ideológicos sustentados por las elites españolas, periodos que tienden a coincidir con los procesos políticos que afectaron a la sociedad española a lo largo del siglo XIX. El primero abarcaría desde la muerte de Fernando VII, en 1833, hasta el triunfo de la revolución de julio de 1854. La revolución de julio de 1854 es una especie de hito en la evolución del Estado decimonónico español, ya que marca la consolidación en España de un Estado liberal en el pleno sentido del término y abre, desde la perspectiva de este estudio, un segundo periodo: el que va de 1855 a 1867, que será decisivo en la configuración de una identidad nacional española y, por lo tanto, de un imaginario capaz de disponer de un modo propio de visión y división del mundo. El tercero, iniciado también por una revolución, la de 1868, conocida como "la gloriosa", va de 1868 a 1874 y está marcado por la crisis económica y política, además de por el inicio de los conflictos independentistas en Cuba.

En una aproximación general, lo que más llama la atención (véase gráfica 1) es lo lentamente que las imágenes sobre el Caribe comienzan a aparecer en la prensa española. Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo, década de los sesenta, son muy escasas las imágenes del Caribe en las revistas ilustradas españolas. Sólo a partir del momento, como ya se ha dicho anteriormente, en que la Unión Liberal llega al poder y pone en marcha una ac-

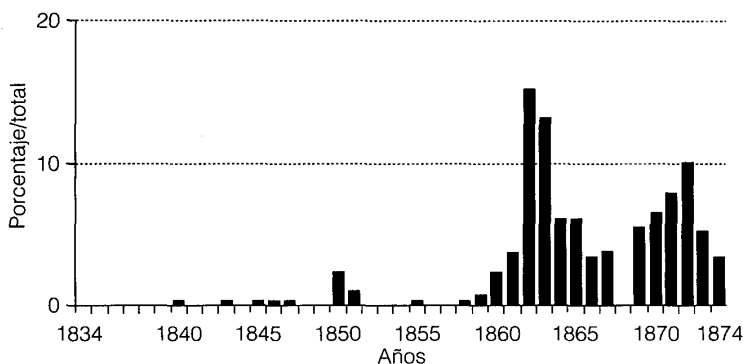
tiva política de expansionismo internacional, comienza una relativa explosión de imágenes sobre el Caribe, que llega al máximo en torno a 1862. Se inicia después un rápido declive, con un mínimo en vísperas de la revolución de 1868 y, a partir de esta última fecha, una lenta recuperación, con altibajos, que no permitirá volver a alcanzar las cifras de principios de la década de los sesenta hasta vísperas de las conmemoraciones de 1892, ya fuera del límite de este estudio. Lo que el gráfico nos está mostrando podría considerarse, a grandes rasgos, como la evolución de la curva de interés de las elites españolas por el Caribe.

EL NACIMIENTO DEL CARIBE EN EL IMAGINARIO ESPAÑOL

El periodo que va de la muerte de Fernando VII, en 1833, a la revolución de julio de 1854 está marcado por una lenta pero paulatina separación de los presupuestos ideológicos del antiguo régimen. La muerte de Fernando VII no significó un cambio inmediato. Las penurias económicas y los acuciantes problemas bélicos planteados por los partidarios de don Carlos no eran las condiciones más apropiadas para que las elites españolas mostraran una excesiva preocupación por el mundo exterior, menos por el lejano Caribe. Comienzan, sin embargo, a proliferar ya las primeras revistas ilustradas, algunas, como el *Semanario Pintoresco Español*, con bastante éxito, y con ellas las primeras imágenes que permiten un acercamiento a lo que va a ser el imaginario español posterior.

Las imágenes sobre el Caribe son en este primer momento muy escasas (véase

Gráfica 1. Evolución de las imágenes del Caribe en la prensa española del siglo XIX



Las barras indican cifras anuales en porcentaje sobre el total de imágenes sobre el Caribe de 1834 a 1874.

gráfica 1) y, además, absolutamente concentradas. El mundo del Caribe se reduce a Cuba (80% de las ilustraciones) y México (20%). Sin embargo, y a pesar de la escasez de imágenes, estos dos espacios geográficos, que por motivos diferentes (Cuba es la última joya del imperio colonial español y México el país hispánico de mayor importancia en la región) tendrán durante todo el siglo un peso determinante en el imaginario español, aparecen ya con una imagen bastante definida. México es historia y arte: “Acaso de cuantas poblaciones encierra hoy la extensa América, no hay sino una que pueda algún tanto enorgullecerse con edificios bellos y contruidos en gloria del arte: la ciudad a que aludimos es México.”¹⁴

Es la nación unida indisolublemente a España por su pasado, tal como recuerdan tanto las imágenes de episodios de la Conquista (“Los embajadores mexicanos se presentan a Hernán Cortés”),¹⁵ como las de las ciudades coloniales españolas en México (“Vista de México”),¹⁶ una de las primeras imágenes, de la capital mexicana a la que tuvieron acceso las clases medias española). Es más una reivindicación del pasado imperial español que una representación de México. Esta reivindicación de un pasado imperial por las elites políticas españolas del siglo XIX es un aspecto que merecería mucho más espacio del que se le puede dedicar aquí. Sólo cabe decir que es un elemento central en la construcción de una identidad nacional española y que,

¹⁴ Emilio Bravo, “Isla de Cuba”, *Semanario Pintoresco Español*, 1850, p. 105.

¹⁵ *Semanario Pintoresco Español*, 1846, p. 320.

¹⁶ *Ibid.*, 1851, p. 112.

como toda "invención"¹⁷ nacional, es completamente arbitraria. Nada obligaba a los españoles del siglo XIX a verse a sí mismos como herederos espirituales y físicos de los conquistadores del XVI; en todo caso, y desde la mera objetividad histórica, no lo eran más que sus coetáneos mexicanos. Aun dentro de la arbitrariedad que toda genealogía histórica supone, no parece demasiado arriesgado afirmar que las elites mexicanas del siglo XIX eran, como mínimo, tan "herederas" de los conquistadores como las españolas. Lo que subyace en esta elección española es una preferencia por una determinada identidad histórica, que había comenzado ya a gestarse en los lejanos días del imperio. Cabría preguntarse hasta qué punto, tal como afirma Fernando Palacios,

la conciencia nacional española se gesta, en gran medida, a partir de una lectura simbólica de la expansión colonial, gracias a la cual, a la falta de intereses reales del Estado o de la sociedad civil, los sectores dominantes intentarían legitimar su disfrute del poder en ausencia de procedimientos de legitimación democráticos.¹⁸

La reivindicación de un pasado imperial por parte de un Estado, el decimonónico español, que poco o nada tenía que ver con la vieja monarquía, debió de ser una muestra de la impotencia, o falta de voluntad, para ofrecer a la sociedad la

consecución de otros fines más inmediatos y reales; como el resultado inevitable de un proceso de nacionalización del imaginario que había utilizado, desde sus primeros balbuceos, el carácter imperial de la nación española como rasgo definitorio, como marca y símbolo de identidad. España era, se imaginaba a sí misma, como una nación imperial.

La imagen de Cuba es, en este primer periodo, más compleja. Lo mismo que México es también un territorio "hispanizado", objeto histórico de la acción imperial española, con edificios coloniales ("Catedral de La Habana"),¹⁹ monumentos de reyes ("Estatua de Carlos III en La Habana")²⁰ y recuerdos del descubrimiento y cristianización de la isla ("Habana. Monumento erigido en memoria de la primera misa que en ella se dijo").²¹ Pero no es ésta la imagen hegemónica de la perla de las Antillas. Cuba es también idílicos paisajes tropicales y, sobre todo, el marco de una dinámica vida económica. Si México es historia y arte, Cuba es progreso y desarrollo económico:

su movimiento mercantil [se refiere a La Habana], su lujo y su creciente y rápida civilización la elevan a una altura mayor de la que por aquí se le concede habitualmente. Por desgracia el decir que un país está en algunas cosas más adelantado que el nuestro, no es hacer su apología; pero siendo la isla de Cuba una simple colonia de España, es notable que exceda a la metrópoli en ciertas ventajas de ilustración y progreso. Apenas cuéntase entre nosotros un camino de hierro recién hecho, y otro en obra, y ya

¹⁷ Sobre la nación como "invención" de la modernidad véanse, entre otros, Anderson, *Imagined*, 1983; Breuilly, *Nationalism*, 1993; Gellner, *Nations*, 1983; y Pérez Vejo, *Nación*, 1999. Para una postura contraria a esta idea véase Hastings, *Construcción*, 2000.

¹⁸ Palacios, "Estado", 1993, p. 97.

¹⁹ *Semanario Pintoresco Español*, 1850, p. 105.

²⁰ *Ibid.*, p. 106.

²¹ *Ibid.*, p. 23.

parte de La Habana para distintas direcciones de la isla. La Real Junta de Fomento se ocupa con tanto celo e inteligencia en la prosperidad de Cuba, y dispone al mismo tiempo de recursos tan inmensos, que no vacilamos en asegurar que la preciosa Antilla española será dentro de breves años uno de los países más poblados de caminos de hierro.²²

La imagen más repetida es la del puerto de La Habana con un bosque de mástiles en primer término. Frecuentemente, al enjambre de barcos se añaden otros elementos que afirman el progreso y civilidad de la capital de la isla. Así, una "Vista de La Habana", publicada por *El Laberinto* en 1843,²³ añade un primer plano en que un grupo de personajes con levita y sombrero de copa toman medidas con diferentes instrumentos científicos, lo que afianza el aire general de modernidad. La Habana parece configurarse en el imaginario español como el centro del comercio de todas las Antillas y en uno de los más importantes del mundo:

Parece [la isla de Cuba] colocada entre ambos mundos, por la mano de la naturaleza, para ser el depósito del comercio universal [...]. Cuando en las inmediatas horas del mediodía sopla benigna la brisa del Oriente, los numerosos buques que de todas las partes del universo se encuentran a la puerta de aquel rico mercado [...]. Desde luego se complace el viajero en notar la diversidad de banderas que allí diariamente concurre, siendo muchas las españolas o estadounidenses [...] el primer puerto español en impor-

tancia [...]. Aquella confusión, aquel laberinto, aquella animada existencia esparce orgullo y alegría en el alma, y engendra tristes pensamientos si el viajero se dirige a aquel puerto desde el cadavérico abandonado de Cádiz.²⁴

[...] nos condujo al hermoso muelle de Caballería, fabricado en rica caoba, que apenas puede sostener el peso del azúcar y onzas de oro que en las horas de faena le oprimen. El aspecto de tanta riqueza nos hizo conocer bien presto de que entrabamos en uno de los puertos más florecientes y mercantiles del mundo.²⁵

Junto a esto, y otra vez especialmente La Habana, Cuba aparece también como el escenario de una dinámica vida social y cultural. Teatros que muestran el progreso de la cultura y la civilización y que nada tienen que envidiar a los de las más modernas ciudades europeas, "El teatro de Tacón [...] es un edificio magnífico [...] que honraría a la ciudad más bella y populosa de Europa";²⁶ paseos y alamedas que tampoco, tal como lo afirma explícitamente el texto que acompaña uno de los grabados del Paseo de Isabel II en La Habana:

La alameda de Isabel II tiene su nacimiento al lado del Campo del Marte [...]. Hermosas fuentes adornan sus arboladas calles [...]. La

²² Emilio Bravo, "Isla de Cuba", *Semanario Pintoresco Español*, 1850, p. 233.

²³ *El Laberinto*, 1843, p. 52.

²⁴ Jacinto Salas y Quiroga, "La Habana", *Semanario Pintoresco Español*, 1840, p. 258.

²⁵ Emilio Bravo, "Isla de Cuba", *Semanario Pintoresco Español*, 1850, p. 11.

²⁶ *Semanario Pintoresco Español*, 1845, p. 313, acompaña a un grabado del teatro y comienza lamentándose por la falta de teatros dignos de tal nombre en Madrid.

fuelle de la India [...] únicamente puede tener alguna comparación con la de Cibeles en Madrid;²⁷

y, en general, toda una vida cultural que iguala, cuando no excede, a la de España:

Diremos dos palabras acerca del estado intelectual de La Habana, y aunque tampoco es este el sitio para extendernos sobre la materia, daremos una idea de él, diciendo que conocemos diez imprentas en La Habana [...] por donde se ve que se imprime bastante en aquel país. Y lo más extraño es el lujo de las impresiones, al cual no podemos comparar las nuestras [...]. Hay igualmente en La Habana dos imprentas litográficas, recientemente fundadas, y es fuerza confesar que este ramo está como el de la imprenta, y generalmente lo que es industria más adelantada que en Madrid.²⁸

En esta risueña imagen de Cuba debe verse tanto un reflejo del narcisismo nacionalista español decimonónico (Cuba era finalmente territorio español), como una justificación subliminal del colonialismo de España. La bondad de la presencia colonial española se mostraba en el progreso y desarrollo de la isla, que contrastaba en las imágenes de la prensa española, tal como veremos más adelante, con el marasmo del resto del Caribe.

LA ÉPOCA DE LOS SUEÑOS IMPERIALES

El periodo que va de la revolución de 1854 a la de 1868, es clave en la configuración de la España moderna. Jover con-

sidera estos años "los tres lustros decisivos" en el desarrollo de un nacionalismo español.²⁹ La nueva burguesía, la que accede al poder con la revolución de julio, en su intento de monopolizar el Estado, y ante la ausencia de una legitimidad estrictamente democrática, va a sentir la necesidad de una legitimación historicista, que la hiciese aparecer como la auténtica y legítima heredera de la historia de España, lo que era tanto como decir del alma de la nación. Esto va a tener una gran importancia en la mirada sobre el Caribe.

Una legitimidad historicista suponía, básicamente, una nueva lectura de la historia nacional capaz de crear una historiografía nacionalista que interpretase el pasado de la nación en clave liberal-estatal, tarea a la que esta generación va a dedicar, con bastante éxito, lo mejor de sus esfuerzos.³⁰ Es un periodo marcado por el desarrollo económico (ferrocarriles) y un acelerado proceso de "nacionalización" de la vida política, que tendrá su expresión más clara en las campañas en el exterior (África, Indochina, México y Pacífico). Campañas que sirvieron para plasmar ese renovado orgullo nacional y para corroborar que la interpretación que se estaba haciendo de la historia de la nación,

²⁹ "El clima social de este nacionalismo habría de ser indagado en una historia social de la literatura y el arte que centre su investigación sobre los tres lustros decisivos de 1854 a 1868", Jover Zamora, "Era", 1985, p. LXXXIII.

³⁰ Es en estos años cuando ven la luz los 30 volúmenes de Lafuente, *Historia*, 1850-1867, obra básica para una comprensión cabal del discurso historicista del nacionalismo español. También Ortiz de la Vega, *Anales*, 1857-1859; Aldama y García González, *Historia*, 1860-1886; José Amador de los Ríos, *Historia*, 1861-1865; Gebhardt, *Historia*, 1861-1867.

²⁷ *Semanario Pintoresco Español*, 1851, p. 25.

²⁸ Jacinto Salas y Quiroga, "La Habana", *Semanario Pintoresco Español*, 1840, pp. 269-270.



La doncella mulata.

estatalista y expansionista, era legítima. El nuevo Estado retomaba el camino de la expansión imperial, esencia misma de la nación española según la historiografía del momento, mostrando, frente al pusilánime Estado absolutista anterior, que era el heredero legítimo de la auténtica España. Ambos factores, las disponibilidades financieras del Estado y el acusado nacionalismo del que éste hace gala, impulsarán el desarrollo de un imaginario exterior capaz de justificar los *intereses* imperiales de España en diferentes áreas geográficas, entre ellas el Caribe.

A diferencia de lo que había ocurrido en el periodo anterior, la presencia de imágenes del Caribe (véase gráfica 1) es realmente numerosa. Especialmente en la década de los sesenta se produce una auténtica proliferación de grabados con imágenes del Caribe, que se corresponde con el renovado interés de España en el área (expedición militar a México y ocupación temporal de Santo Domingo, actual República Dominicana). También, a diferencia de lo que había ocurrido en el periodo anterior, no es Cuba la que monopoliza las imágenes sobre el Caribe en la prensa del periodo: son México y, aunque muy por debajo de México, la República Dominicana (véase gráfica 2); 70% de las imágenes del periodo tienen como tema a México. Hubo en esta proliferación de imágenes mexicanas elementos claramente coyunturales, desde la expedición de Prim hasta la llegada de Maximiliano y la posterior guerra civil. La venida a México de un cuerpo expedicionario español en 1862, dentro de la expedición europea por el problema del pago de la deuda, atrajo la atención de los españoles sobre México, a la vez que el envío de nuevos dibujos por algunos de los milita-

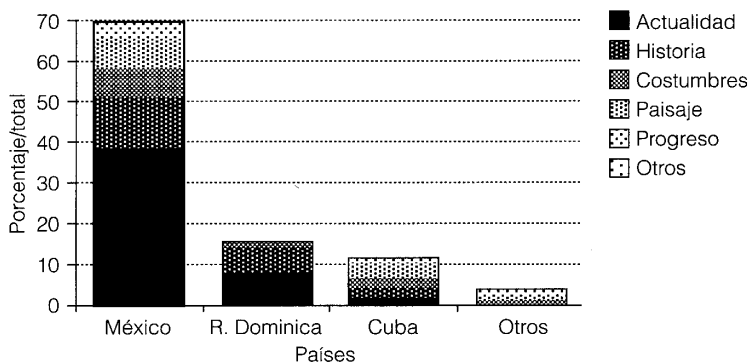
res que acompañaron al general catalán permitió aumentar el número de imágenes sobre el país en España.³¹ La entronización de Maximiliano y la posterior guerra entre los partidarios del nuevo emperador y el presidente Juárez convirtieron a México en uno de los centros de atención de la prensa europea, en cuyas revistas comenzaron a proliferar las imágenes mexicanas.

Un análisis más detenido de las imágenes de las revistas españolas da algunas claves interesantes sobre lo que México significó en el imaginario español durante un periodo que, como ya se ha dicho anteriormente, fue decisivo en la construcción de una identidad nacional española y, por lo tanto, en la configuración de la imagen del mundo que esta comunidad nacional va a generar.

La mayoría de las imágenes (véase gráfica 2) hacen referencia a temas de actualidad, en particular los referidos a la intervención francesa y la guerra civil entre juaristas y partidarios de Maximiliano. Las clases medias españolas de la época tuvieron ocasión de ver imágenes, tanto de episodios y escenarios bélicos (desde la batalla de Puebla a la derrota final de Maximiliano en Querétaro), como de los principales protagonistas del conflicto (Juárez, Almonte, Mejía, Miramón, Robles, González Ortega, Lorencez, Dobl-

³¹ De hecho fue la revista *El Mundo Militar* una de las que más imágenes sobre México incluyó en sus números durante este periodo. Pero incluso en alguna de las reproducidas en otras revistas se especifica que fueron dibujadas por militares de la expedición española. Así, por ejemplo, del grabado "India de Veracruz", reproducido por *El Museo Universal*, 1863, p. 101, se nos dice que fue dibujado por el capitán del regimiento de Nápoles Alfonso Calderón.

Gráfica 2. Imágenes del periodo 1854-1867 por temas y países



do, Bazaine, etc.), lo que nos indicaría hasta qué punto el conflicto fue vivido como algo próximo y cercano a los intereses españoles. Hay, además, una implicación moral en el conflicto. No es una guerra lejana y exótica, sino una guerra en la que se toma partido. Y me estoy refiriendo obviamente al plano de lo imaginario. Es claramente perceptible un sentimiento de simpatía hacia Maximiliano, nada extraño si consideramos tanto los prolegómenos del conflicto, con la intervención de Prim, como el claro posicionamiento de la colonia española en México en favor de los conservadores. Sin olvidarnos, y no es un asunto menor, de la tradicional hispanofilia de los conservadores mexicanos, mucho más cercanos a la idea de una comunidad espiritual hispánica de los, en general, hispanófobos liberales. Esta mayor cercanía al imaginario español de los conservadores mexicanos podría explicar el favorable posicionamiento hacia ellos de la prensa española

del momento. Así, por poner algunos ejemplos, *El Periódico Ilustrado* acompaña un retrato de Maximiliano con el siguiente texto: “El emperador de México, Fernando Maximiliano, a quien hoy deben 5 000 000 de parias indios el título de ciudadanos”;³² y otro, a doble página, titulado “Combate entre mexicanos y franceses”, de un comentario tan poco equívoco como éste:

El presente grabado representa uno de los últimos combates verificados en México, entre las tropas francesas y los partidarios de Juárez. Afortunadamente estas sangrientas escenas, estos encarnizados combates han cesado; y la prudencia, el talento, la marcha política eminentemente liberal y conciliadora del emperador Maximiliano, va cicatrizando poco a poco las profundas heridas que la guerra ha causado. Abrigamos la lisonjera esperanza de que antes de mucho tiempo

³² *El Periódico Ilustrado*, 1865, p. 168.

México será un imperio rico y floreciente, y que extinguidos los odios que la guerra civil ha suscitado, volverá a su antiguo esplendor, cobrando nueva animación y nueva vida su industria y su comercio, paralizados durante una lucha fratricida, que tantos desastres ha causado por espacio de algunos años.³³

Significativo resulta también que la única imagen referida a la construcción de ferrocarriles en México, símbolo por antonomasia del progreso de las naciones en el siglo XIX, en la prensa española de este periodo sea una del mismo *El Periódico Ilustrado*, "Camino de hierro de Veracruz a México", representando la estación de Tejería, en la que son claramente visibles los uniformes de la legión extranjera francesa. El texto que acompaña el grabado deja pocas dudas con respecto a quién se debe atribuir el mérito en la construcción de la importante vía férrea Veracruz-México y, por lo tanto, de encaminar a México, por fin, por la vía del progreso:

Antes de la expedición anglo-franco-española, los convoyes no avanzaban sino con una dificultad extrema; eran necesarios cuatro días, en el mes de agosto de 1862, para trasladarse desde Tejería a la Soledad; además los hombres destinados a operar en el interior caminaban penosamente a lo largo de las costas, expuestos continuamente a la fiebre amarilla, a la disentería y al tifus; así que fue de absoluta necesidad poner un remedio pronto para poder arrancarles a la influencia de un clima tan asesino.

Una línea férrea se comenzó de Veracruz a la Soledad, y 600 obreros fueron empleados bajo la protección de la legión extran-

jera. En el mes de abril de 1863, 9 100 metros cúbicos de terraplenes estaban terminados y colocadas las vías sobre 4 200 metros de longitud [...]. Hoy llegan ya hasta México.³⁴

En este mismo grupo de actualidad política mexicana se podrían incluir los numerosos grabados sobre la presencia de las tropas españolas en Veracruz, primero a las órdenes de Gasset y después a las de Prim ("Desembarco de la primera división del ejército español, al mando del general Gasset, en Veracruz",³⁵ "Salida del general Prim del puerto de La Habana, con dirección hacia Veracruz").³⁶ Aunque en este caso con un componente de crónica periodística militar que los aleja de la perspectiva aquí analizada.

El segundo tema en importancia es la historia, especialmente aquella que hace referencia a la presencia española en México. Es este un aspecto que, aunque se limita a continuar el proceso iniciado en el periodo anterior de construcción de un imperio imaginario, tiene una gran relevancia histórica, ya que echa las bases de la retórica de la hispanidad³⁷ que tantas implicaciones va a tener en la política exterior española, y también latinoamericana³⁸ de finales del siglo XIX y buena parte

³⁴ *Ibid.*, p. 97.

³⁵ *El Mundo Militar*, 1862, p. 41.

³⁶ *Ibid.*, p. 49.

³⁷ Para el auge del hispanoamericanismo en el liberalismo español de mediados del siglo XIX, véase López-Ocón Cabrera, "América", 1985, pp. 137-173.

³⁸ Numerosos estudios han destacado la importancia de la oposición entre hispanoamericanismo, impulsado por España, y panamericanismo, propiciado por Estados Unidos, en la política internacional latinoamericana del cambio de siglo. No se ha insistido

³³ *Ibid.*, pp. 300-301.

del xx. La construcción de un imaginario panhispanista o hispanoamericanista en el que las naciones hispanoamericanas son imaginadas como una comunidad de raza, lengua y cultura, forjada por la historia, tiene aquí uno de sus primeros reflejos. Más de 12% de las imágenes reproducidas por las revistas españolas en este periodo sobre el ámbito geográfico del Caribe, en el sentido que aquí se está empleando, hacen referencia directa o indirecta al pasado de México (véase gráfica 2), prácticamente en su totalidad al pasado colonial. La imagen global podría resumirse en un país que había sido conquistado por los españoles (“Vista del árbol llamado de la Noche Triste, en México”)³⁹ —no hay por cierto ninguna imagen que haga referencia a que se había independizado—, y en el que la huella de España y lo español era omnipresente: ciudades coloniales (“Vista de Veracruz y San Juan de Ulúa”);⁴⁰ “México. Vista general de Puebla”;⁴¹ “Oaxaca”);⁴² iglesias (“Vista de la catedral de México”)⁴³ y palacios (“Torre llamada de Hernán Cortés en Tepeaca”).⁴⁴ Veamos como ejemplo de todo

suficientemente, sin embargo, sobre el hecho de que se trata del enfrentamiento entre dos comunidades imaginarias e imaginadas. Para algunos análisis del conflicto hispanoamericanismo/panamericanismo véanse Aken, *Pan-Hispanism*, 1959; Estrada, *Doctrina*, 1959; Inman, *Problems*, 1926; Kaiser, “México”, 1961, pp. 58-80; Maya Sotomayor, “Estados”, 1996, pp. 759-782; Morales, *Primera*, 1994; Ortiz, *Reconquista*, 1910; Pérez Vejo, “Guerra”, 2000; y Rippy, “Pan-Hispanic”, 1922.

³⁹ *El Mundo Militar*, 1862, p. 320.

⁴⁰ *El Museo Universal*, 1862, p. 37.

⁴¹ *El Mundo Militar*, 1863, p. 68.

⁴² *La Abeja*, 1866, p. 14.

⁴³ *El Mundo Militar*, 1863, p. 9.

⁴⁴ *Ibid.*, 1862, p. 385.

esto lo que un viajero español de esta época “ve” en Veracruz:

Al otro lado del Atlántico hay una ciudad famosa situada en las mismas playas por donde Hernán Cortés invadió el imperio poderoso de Moctezuma. Allí los conquistadores plantaron por primera vez el signo de nuestra civilización y de nuestras creencias, y llamaron Vera-Cruz a la población que en aquel sitio levantaron: allí fue donde el intrépido capitán, gloria de España, mandó quemar las naves [...] la vista no encuentra hoy más que restos de una grandeza perdida [...], sin embargo, es bella todavía esa ciudad arruinada, con sus blancas azoteas, sus calles tiradas a cordel, sus casas, del centro de cuyas fachadas se destaca el antiguo balcón español, sus iglesias del siglo XVI y sus recuerdos de pasada opulencia [...]. Vera-Cruz fue célebre como Cartago y como Tiro.⁴⁵

Hay casi una perfecta correspondencia, y no debiera extrañarnos, entre las imágenes de los grabados y lo que el viajero recién desembarcado “ve”. Ve lo que su imaginario determina que vea: las referencias a Cortés, la ciudad colonial, los balcones españoles, las iglesias construidas por los conquistadores y, a diferencia de la opulenta capital cubana, la imagen general de una ciudad en la que no quedan “más que restos de una grandeza perdida”. España es omnipresente y el mundo era mejor en tiempos de su imperio.

Tiene también México —y aquí la influencia de la cultura romántica europea, especialmente francesa, debió de ser determinante—, un componente pintoresco que falta casi por completo en la imagen de la

⁴⁵ “Vera-cruz y San Juan de Ulúa”, *El Museo Universal*, 1862, p. 34.

República Dominicana y Cuba. Ese componente de país exótico y romántico que los viajeros europeos y estadounidenses habían comenzado a construir desde los inicios del siglo XIX. Es el México de los tipos populares ("Serenos mexicanos";⁴⁶ "Tipo mexicano, el arriero"),⁴⁷ de los paisajes grandiosos ("Barranco de San Miguel entre Córdoba y Orizaba";⁴⁸ "Vista del desfiladero y vado de Río-Frío, en el camino de Veracruz a México"),⁴⁹ de los indígenas miserables ("México. India de Veracruz")⁵⁰ y de las costumbres pintorescas ("Riñas de gallos en el Parral, estado de Chihuahua").⁵¹ Aunque incluso a veces también este México pintoresco se relaciona con lo español, no olvidemos que en el universo de la cultura romántica también España era un país pintoresco y exótico, y así, por ejemplo, el anterior grabado de la pelea de gallos en Chihuahua va acompañado de un texto en el que se dice que

hay allí como en todo el continente suramericano una especie de frenesí por lo que aquí llamamos peleas de gallos, que por más exagerada y vehemente que sea esta afición, no es posible negar que es una herencia de sus conquistadores.

El caso de la República Dominicana es, a la vez, igual pero diferente al de México. Igual porque son también la actualidad y la historia las imágenes determinantes. Diferente porque falta la imagen pintoresca y exótica (paisajes y costum-

bres), pero sobre todo porque, al contrario que en México, esta proliferación de imágenes fue completamente fugaz. La alta presencia de imágenes sobre lo que en ese momento era conocido como Santo Domingo se debe a un hecho bastante coyuntural. Dentro de la política expansionista de la Unión Liberal a la que se ha hecho referencia más arriba, la parte oriental de la isla de La Española, la actual República Dominicana, fue reintegrada nuevamente al dominio de España. Fue el único de los territorios de la antigua monarquía española en América en el que se produjo, aunque sólo fuese de forma temporal, una recuperación de soberanía, lo que le otorgaba, sin duda, un altísimo valor simbólico.

Las imágenes que de Santo Domingo transmite la prensa española son enormemente reveladoras de cómo las elites españolas de mediados del siglo XIX veían el mundo, de ese componente cognoscitivo del imperialismo al que se ha hecho referencia anteriormente. Si dejamos de lado las lógicas imágenes sobre los hechos que permitieron el nuevo asentamiento de los españoles en la isla ("Emboscada de los insurgentes de Santo Domingo",⁵² por ejemplo), el resto es básicamente un discurso historicista, cuyo argumento de fondo podría resumirse en que Santo Domingo era territorio español por su historia, y que, por lo tanto, su reintegración a la patria era sólo un caso de justicia histórica. Ya el mismo real decreto de reincorporación utiliza argumentos históricos ("La isla La Española, la primera que ocupó el gran Colón"). Es este discurso el que explica la proliferación de imágenes de edificios coloniales, casi la mitad de las

⁴⁶ *El Museo Universal*, 1866, p. 304.

⁴⁷ *El Mundo Militar*, 1862, p. 112.

⁴⁸ *El Museo Universal*, 1863, p. 92.

⁴⁹ *El Mundo Militar*, 1862, p. 108.

⁵⁰ *El Museo Universal*, 1863, p. 101.

⁵¹ *El Globo Ilustrado*, 1866, p. 385.

⁵² *El Mundo Militar*, 1863, p. 404.

imágenes que sobre la isla reprodujo la prensa española del momento. Edificios coloniales que estaban, en su mayoría, asociados a episodios de la secular presencia española en la isla ("Santo Domingo. Vista exterior de la prisión de Cristóbal Colón, en la torre del homenaje";⁵³ "Vista del castillo construido por Diego Colón en el año de 1495, en la isla de Santo Domingo a orillas del río Ozama").⁵⁴ Pareciera, y así lo afirman explícitamente algunos artículos de la época, que desde la marcha de los españoles nadie hubiese hecho nada de provecho en la antigua Española:

Un oleaje continuo de siglos en mares tan bravías, ha ido socavando las murallas, baluartes y fortificaciones que, construidas por España en diferentes épocas han debido costar sumas inmensas; y es bien seguro que desde su construcción, piedra que se ha desprendido de ellas, no ha sido repuesta [...]. Uno de los muchos edificios arruinados que hay en Santo Domingo, y puede decirse que lo están los mejores, y que todos fueron construidos en tiempos de la dominación española, es el hospital llamado de San Nicolás, el único que había hasta ahora [...]. Como aparece del estado actual del edificio, éste no ha sido reparado desde su construcción. Según públicamente se afirma, los destrozos que se notan en las puertas y en los techos, la falta casi completa de puertas y ventanas, y el haber quedado reducido en muchas partes a sólo las paredes, es debido a la dominación haitiana que sembró la desolación por todo el país. Aún cuando así sea, se nota demasiado el poco interés que por su conservación ha tenido el gobierno

dominicano, cuando en 17 años de existencia republicana no ha logrado reparar uno solo de aquellos destrozos.⁵⁵

La fantasmagoría imperial del periodo queda también perfectamente reflejada, a diferencia del resto del siglo XIX, en el papel secundario que tienen en esos momentos Cuba y Puerto Rico, las únicas presencias reales españolas en el Caribe. Para los sueños imperiales del liberalismo español de mediados de siglo el imperio real era demasiado pequeño para ser tomado en consideración, sólo el imperio imaginado se correspondía con sus expectativas. Puerto Rico ni siquiera aparece y la llamada perla de las Antillas, la joya de las posesiones coloniales españolas, lo hace en un tono menor. Con una imagen, sin embargo, enormemente interesante. A diferencia de lo que ocurre con México y la República Dominicana, no son la historia y las noticias de actualidad las que definen a Cuba, sino, como ya había ocurrido en el periodo anterior, pero ahora de forma todavía más marcada, la imagen de una pujante economía y de una sociedad en constante progreso:

Esta isla es Cuba, la provincia más floreciente y más rica de América, la mayor y más importante de las Antillas, la reina del aquel mar y la perla de las provincias ultramarinas de España [...]. La Habana es una de las ciudades más ricas, más pobladas y más comerciales del nuevo mundo [...]. El arsenal es de los mejores de América y compite con todos los de Europa.⁵⁶

⁵³ A. Martínez de Romero, "Santo Domingo", *El Museo Universal*, 1860, pp. 285-286.

⁵⁶ N. Fernández Cuesta, "Cuba. La Habana", *El Museo Universal*, 1859, p. 146.

⁵³ *El Museo Universal*, 1861, p. 284.

⁵⁴ *El Mundo Militar*, 1861, p. 161.

Es, de nuevo, la Cuba de los ingenios azucareros, modernas y avanzadas fábricas manufactureras de grandes chimeneas y sofisticadas naves industriales. La vista exterior del ingenio Santa Teresa, publicada por *El Museo Universal* en 1862,⁵⁷ podría perfectamente pasar por una fábrica de Manchester. La vista de la "Casa de calderas del ingenio Armonía", publicada por esta misma revista, también en 1862,⁵⁸ va aún más lejos y presenta una visión casi futurista de máquinas y calderas en un gigantesco hangar, en el que, incluso, y a diferencia de otros grabados sobre las salas de calderas de los ingenios, ni siquiera el trabajo manual de los negros, esclavos o libres, es visible. El cultivo de la caña es presentado como una próspera, dinámica y avanzada actividad industrial. Una especie de sector punta de la economía internacional en el que hasta la explotación esclavista aparece "modernizada" y justificada:

La caña de azúcar, cuya explotación constituye la base de la riqueza e importancia de la reina de las Antillas, exige también capitales inmensos, representados por los campos destinados al cultivo de esta planta, por las fábricas en las que se extrae su jugo, en las cuales el vapor, las máquinas y la química han sustituido a las rutinas y prácticas antiguas, y por la suma fabulosa empleada en esclavos procedentes de África [...]. El número de ingenios que hay en esta isla es de 1 570 aproximadamente, en los cuales se emplean unos 230 000 trabajadores entre negros esclavos y libres, contando entre éstos a los emancipados y colonos asiáticos. Pero

⁵⁷ "Ingenio Santa Teresa, Agüra. Isla de Cuba", *El Museo Universal*, 1862, p. 109.

⁵⁸ *El Museo Universal*, 1862, p. 84.

el primer elemento del trabajo son los negros esclavos, cuya condición no es tan dura como se cree [...]. ¡Cuántos braceros en Europa quisieran en ciertos momentos que su suerte fuera igual a la de los esclavos de la isla de Cuba!⁵⁹

Esta imagen de riqueza y progreso económico se ve completada con la de una Cuba a la cabeza de la innovación tecnológica ("Inauguración del cable submarino de la isla de Cuba")⁶⁰ y a la que el dinamismo de sus puertos, especialmente el de La Habana, convierten en uno de los grandes centros del comercio internacional ("Habana. Vista de la rada y la ciudad").⁶¹ También con la de una sociedad culta y sofisticada, cuyos teatros y paseos nada tenían que envidiar a los de las más modernas ciudades europeas ("Paseo de Isabel II en La Habana"),⁶² "Vista general del teatro de Matanzas").⁶³ Continúa, por lo tanto, y a grandes rasgos, la misma imagen de progreso y desarrollo económico que había comenzado a configurarse en el período anterior.

Es esta una imagen con una poderosa fuerza autolegitimadora, que posiblemente se encuentra en el sustrato de todo imperialismo, visto desde su aspecto cognoscitivo. En un mundo, el del Caribe, estancado, de soñolientas ciudades coloniales y conflictos bélicos, la presencia española permitía una sociedad ordenada y en progreso. Argumentos que de forma prácticamente textual utilizaba la ya cita-

⁵⁹ J. Ortega, "Los ingenios de la isla de Cuba", *El Museo Universal*, 1862, pp. 83, 91-94.

⁶⁰ *El Museo Universal*, 1867, p. 332.

⁶¹ *El Mundo Pintoresco*, 1859, p. 132.

⁶² *El Mundo Pintoresco*, 1860, p. 129.

⁶³ *El Museo Universal*, 1866, p. 36.



Mercado del puente de Roldán.

da real orden de reincorporación de Santo Domingo a España:

Víctima de la traición —la República Dominicana—, engañada, sorprendida, rompió los vínculos que la unían a la nación española, a cuya sabia legislación debía la venturosa existencia que gozaba. Desde entonces [...] las guerras, las revoluciones, las tremendas catástrofes que llevan consigo y que ahogan en su origen todos los gérmenes de vitalidad y fuerza, habían reducido aquel pueblo generoso a una situación insoportable.

UNA ÉPOCA DE CRISIS: LOS PRIMEROS CONFLICTOS EN CUBA

El periodo que va desde la revolución de 1868, “la Gloriosa”, a la restauración borbónica en 1874 es a todos los efectos una época de transición. Apenas aparecen revistas nuevas mientras que desaparecen las que ya existían. Hay que destacar, sin embargo, desde la perspectiva de la imagen del Caribe en España, la aparición de *La Ilustración Española y Americana*, continuación de *El Museo Universal*, una publicación que será decisiva en la configuración de un imaginario español sobre América. Ya el propio proyecto de una revista de ámbito hispanoamericano, aunque más hispano que americano habría que precisar, introduce una perspectiva que merecería un estudio mucho más amplio del que aquí se puede hacer.

Por lo que se refiere a la presencia de los diferentes países, Cuba vuelve, tras el paréntesis anterior, a convertirse en el centro del imaginario español sobre el Caribe (véase gráfica 3), pero con importantes variaciones sobre los dos periodos anteriores. Son todavía muchas las imágenes que

intentan continuar con la visión idílica anterior de dinamismo económico y social y de españolidad reflejada en una historia que se hace piedra en sus edificios coloniales. Así, por ejemplo, una vista de la Plaza de Armas de La Habana va acompañada del siguiente texto: “La Plaza de Armas de La Habana tiene algo de la plaza de Oriente en Madrid [...] algo de la plaza de Mina en Cádiz, algo de la plaza Nueva en Sevilla”.⁶⁴

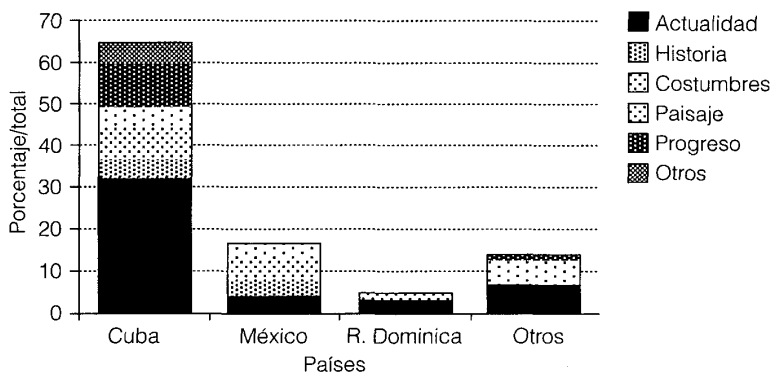
Sin embargo, la realidad del primer conflicto independentista se impone en una sucesión de imágenes que muestran los esfuerzos del gobierno español para la “pacificación” de la isla (“Desembarco de tropas españolas en el puerto de La Habana”),⁶⁵ la participación de los voluntarios cubanos en la lucha contra los insurgentes (“Tipos de voluntarios en La Habana”),⁶⁶ los principales episodios del conflicto (“Alborotos en el teatro de Villanueva en La Habana”), “Campaña de Cuba. Ataque de la torre óptica de Colón, en Pinto, por los insurrectos”, “Insurrección de Cuba. Incendio del ingenio de don Ramón Fer-

⁶⁴ *La Ilustración Española y Americana*, 1872, p. 132.

⁶⁵ *El Museo Universal*, 1869, p. 112. El grabado va acompañado del siguiente texto: “Escenas semejantes se repiten ahora con frecuencia a causa de las expediciones que en varios vapores han salido de nuestros puertos, mandados por el gobierno para la pacificación de esta rica e importante Antilla.”

⁶⁶ *El Museo Universal*, 1869, p. 128. En el texto se indica que “Los cuerpos de voluntarios, cuyos tipos damos en nuestro grabado, fueron creados en La Habana y otras poblaciones importantes de la isla, a fines de 1850. Desde entonces, como la situación de Cuba era normal, no se aumentó su número, consistente al principio en cuatro batallones. Hoy en día, a consecuencia de los últimos sucesos que en Cuba han tenido lugar, se ha aumentado considerablemente.”

Gráfica 3. Imágenes del periodo 1868-1874 por temas y países



nández por los insurrectos”⁶⁷ y la miseria y cobardía de los insurrectos. Buen ejemplo de esto último es el grabado titulado “Un combate en la manigua”.⁶⁸ En un pequeño claro, rodeados de árboles tropicales, un grupo de soldados españoles se enfrenta a una partida de insurrectos que los acosan desde los árboles, casi como si fuesen monos. Más revelador todavía es el texto que lo acompaña:

La guerra que sostienen los partidarios de Céspedes, el flamante presidente de la supuesta república de Cuba, es bien cruel y traidora. No pelean cuerpo a cuerpo; huyen delante de nuestras guerrillas; pero se esconden en las copas de los árboles, detrás de una roca, en el fondo de una zanja; ace-

chan al denodado defensor de la honra de España, y suelen asesinarlo villanamente.

Al lado de esta lógica proliferación de imágenes bélicas comienza a ser visible una imagen de Cuba diferente de las anteriores. Una Cuba, tropical y exótica, de paisajes con palmeras (“Vista del Valle de Manacas”),⁶⁹ cascadas (“Isla de Cuba. Caída del río Almendares en el Husillo, cerca de La Habana”),⁷⁰ grutas (“Isla de Cuba. Cuevas de Bellamar en Matanzas: gruta llamada El Templo Gótico”)⁷¹ negros, mulatas y pintorescas costumbres (“La fiesta de los negros en La Habana el día 6 de enero”).⁷² Es en este periodo cuando comienzan a aparecer las primeras imágenes de Cuba como una sociedad multi-

⁶⁷ Respectivamente en *El Museo Universal*, 1869, p. 85; *La Ilustración de Madrid*, 1870, núm. 23, y *La Ilustración Española y Americana*, 1870, p. 43.

⁶⁸ *La Ilustración Española y Americana*, 1872, p. 169.

⁶⁹ *Ibid.*, 1873, p. 740.

⁷⁰ *Ibid.*, 1872, p. 276.

⁷¹ *Ibid.*, p. 244.

⁷² *La Ilustración Española y Americana*, 1869, p. 12.

rracial. En algunas de las vistas anteriores eran visibles algunas personas de raza negra, pero es ahora cuando se adelantan al primer plano, pasan de actores secundarios a personajes principales.

La imagen de la mulata es, posiblemente, la más curiosa, ya que parece asumir en su figura todas las ensoñaciones erótico-sensuales que la cultura europea había asociado, desde comienzos del siglo XIX, a las odaliscas de los harenes de Oriente. Veamos la descripción que de “la mulata”, así en singular, como tipo físico y psicológico, hace *La Ilustración Española y Americana* acompañando a un grabado que representa “La doncella mulata”:

Vedla ahí, casi tendida en una cómoda butaca de junco de las Indias, dándose aire con el inseparable abanico de hojas de palma, y fumando un aromático cigarrillo de la Vuelta de Abajo.

Se llama Rafaelita, o Pancha o Charito; sus ojos son negros; está medio envuelta en anchos pliegues de finísima batista; sus cabellos, recogidos en trenzas, parece que la ciñen una brillante diadema de azabache, y se columpia indolentemente murmurando acaso una dulce habanera o la famosa danza cubana.

El tipo de la doncella mulata, propio casi únicamente de la isla de Cuba, es uno de los más curiosos de las Antillas españolas.⁷³

Una descripción no demasiado diferente que de la odalisca de un harén en Turquía podría haber hecho un viajero romántico de principios de siglo.

La de los negros es también una imagen idílica en la que, como ocurre en el

acercamiento a lo popular de la cultura romántica, y con curiosas derivaciones prácticamente hasta nuestros días, la simpatía pintoresquista sirve para ocultar la miseria real. La explotación económica a que estaban siendo sometidos los negros de la isla queda oculta bajo una imagen, y no olvidemos que era ésta la que estaba llegando a la península, que recuerda más una especie de feliz arcadia campesina, de armoniosas relaciones sociales y económicas, que una sociedad basada, en gran parte, en la explotación racial. Pero veamos mejor lo que acerca de un grabado (“Isla de Cuba. Recolección de la caña de azúcar en un ingenio”) sobre la zafra de la caña, una de las faenas más agotadoras del ciclo agrícola azucarero, nos dice una de las revistas de mayor difusión del momento:

¡Qué precioso grabado! [...]. La caña acaba de ser chapeada por los negros de la dotación del ingenio; las carretas de la finca, unas han llegado y otras están llegando, y la gente las atesta de caña para ser trasladada al trapiche que ha de convertirlas en azúcar, porque la zafra ha comenzado, la molienda avanza, y bien revelan los cantos alegres y las risas de los negritos y las negritas criollos, y los chasquidos y gritos de los negros y negras de nación, que ha llegado la gran época de los ingenios, que es el último mes del año el que está corriendo, *que l'amo, y la niña, y lo niño con lo demás cabayero branco de la Bana están en la finca*; que todos han venido al ingenio a pasar las fiestas de Navidad; que se les ha dado la *equifación nueva* (vestido); que les espera el *aguinaldo*, y a algunas parejas enamoradas el ser casadas por el señor cura de la finca a presencia del amo, *la niña* (esposa de aquél), *los niños* (sus hijos) y los caballeros blancos de la Habana que se hallan también momentáneamente

⁷³ *Ibid.*, 1871, p. 412.

en el ingenio; y en fin, algunos de los más honrados y *buenos sujetos*, de los que más y bien han trabajado durante el año, esperan que *l'amo* y *la niña* han de darles *su carta de libertad* en los días de Pascua, en tanto que todos, hombres y mujeres, *criollos* y de nación, chicos y grandes, se estremecen de placer al sentir acercarse rápidamente su oasis del principio de año, su paraíso, su pasión frenética, su locura ¡su día de Reyes! aquel gran día 6 de enero que pertenece todo entero al hombre y la mujer de color en la isla de Cuba, y cuya explosión de titánica alegría es imposible hacer comprender por medio de una descripción, por exacta que pueda ser, a quien no haya visitado Cuba.⁷⁴

Si no fuese por la referencia, de pasada, a *la carta de libertad*, resultaría difícil creer que estamos ante el retrato de una sociedad esclavista. Obviamente la imagen del grabado es, al menos, tan idílica como la descripción. No representa la zafra sino una égloga sobre la zafra; no el duro trabajo de la corta de la caña sino una fiesta campestre.

Esta visión arcádica no se limita al mundo campesino. La imagen de los negros, libres y esclavos, que trabajan en las ciudades y en el servicio de la casa es tan idílica y armoniosa como la de los cortadores de caña. Veamos, para seguir con la misma revista anterior, el comentario que acompaña a un grabado que reproduce el cuadro de Patricio Landaluze "La *toilette* para el sarao":

En "La *toilette* para el sarao" figuran dos esclavos de *casa grande* que se acicalan y com-

ponen a *la dernier*: ella con escogidos trajes y ricas telas y aún con joyas y preseas de sus *amitas*, que se las prestaron galantemente para tal objeto, y él con fino pantalón de satén, frac negro de última moda, corbata blanca sobre limpia camisa de batista, guantes de cabritilla.

El Sarao, que suele celebrarse en ancho salón profusamente adornado e iluminado *a giorno*, da principio al anochecer con un minué que bailan las parejas más notables, y termina en las altas horas de la madrugada con un esplendido banquete en el que abundan manjares suculentos, exquisitos vinos, *brandy* y *ron de Jamaica*, y por último, aromático café y *puros selectos* de Vuelta-Abajo.⁷⁵

Imágenes idílicas y armoniosas de una sociedad en la que, sin embargo, los conflictos raciales tenían ya un sesgo claramente político y bastante sangriento. Una prueba más, también, de cómo las imágenes de la prensa ilustrada decimonónica creaban realidad, eran ideología en el estricto sentido del término.

El discurso del grabado anterior queda completado con otro, en la misma página y reproduciendo también un cuadro de Patricio Landaluze, titulado "Una pelea de mujeres de color". Representa a dos mujeres, una negra y otra mulata, atacándose con saña en una calle. En primer plano, aparecen desparramados por el suelo las verduras de una cesta, mientras que, al fondo, un uniformado se acerca a separarlas. La imagen es de una gran fuerza, pero resulta todavía más reveladora si la ponemos en relación con el texto que la acompaña:

⁷⁴ Para el texto y el grabado, *La Ilustración Española y Americana*, 1873, p. 355.

⁷⁵ *La Ilustración Española y Americana*, 1874, p. 525.

"Una pelea de mujeres de color" ocurre a menudo, por un quítame allá esas pajas [...], en las calles de La Habana, y el coraje de las *combatientes* se acrecienta en gran manera cuando una de ellas es *negra* y *mulata* la otra, por el odio que mutuamente se profesan los individuos de aquellas razas.⁷⁶

El discurso que se articula, si ponemos en relación los tres grabados aquí comentados, es relativamente lineal. Los negros de Cuba, esclavos y no esclavos, viven, prácticamente, en el mejor de los mundos posibles y los conflictos raciales no se dan entre blancos y negros, sino entre las propias gentes de color.

El segundo país en importancia por el número de imágenes es México (véase gráfica 3) pero con importantes variaciones con respecto al periodo anterior. No sólo pierde importancia relativa, recordemos que de 1854 a 1867 México había ocupado indiscutiblemente el primer lugar con 70% del total de imágenes sobre el Caribe, sino que su imagen sufre también importantes modificaciones. Los temas de actualidad pierden peso. La menor virulencia de la vida política mexicana la hace, obviamente, menos atractiva. Las imágenes remiten a una sociedad estable, con una vida social y política "normal" y en la que únicamente la figura de Juárez parece tener un carácter épico. Según *La Ilustración Española y Americana*, el presidente zapoteco no sólo era un indígena que había logrado escapar a su destino de servidumbre, sino incluso un profeta capaz de salvar a México y, por añadidura, a la misma raza latina:

Existe en el orden social un fenómeno en el cual no han parado suficientemente la atención los filósofos e historiadores. Queremos hablar de la decadencia de ciertas razas [...]. Conocido es el estado de postración, de abatimiento, de atonía moral en que yace la raza latina, que en un tiempo no remoto fijó su vigorosa planta en el continente americano, dejando en él una huella imborrable. Sólo las continuas inmigraciones, el cruzamiento con los pueblos de Europa y aun con las tribus indígenas la han salvado hasta ahora de una ruina inevitable. En los países en que, como México, la inmigración ha sido escasa y el cruzamiento casi nulo, la decadencia es todavía mayor, el desorden profundo y la relajación de costumbres espantosa. Pues bien; en medio de este caos social y político, cuando todo el mundo veía próxima a desaparecer la que fue en un tiempo Nueva España, hoy república de México, cuando los gobiernos de Europa, cual hambrientos cuervos, se aprestaban a caer sobre el cadáver de aquel pueblo desgraciado, un hombre se presenta, modesto, virtuoso, justiciero, de recto juicio e inteligencia no vulgar, severo como Catón e impetuoso como Espartaco, uniendo la energía y la prudencia, adornado, en fin, de todas las raras cualidades que distinguen al iniciador. Este hombre salía del pueblo conquistado, de la raza sometida; este hombre era un indio. ¿Por qué misterioso prodigio de la naturaleza, el pensamiento civilizador había ido a encarnarse en un individuo nacido y criado para la servidumbre?⁷⁷

Pero lo más interesante de este periodo es la pérdida de una mirada específi-

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ Este texto acompaña a un grabado de Juárez, *La Ilustración Española y Americana*, 1871, p. 433.

camente española sobre México y la recuperación, relativa, de una mirada europea "normal", la construida por los viajeros románticos del siglo XIX. México ya no es, o lo es menos, la nación de pasado colonial. Es el país exótico de costumbres y paisajes pintorescos. El país de los recolectores de pulque ("México. Recolección del pulque, bebida ritual del indio");⁷⁸ de los mercados abigarrados, perfectamente reflejados en el texto que acompaña un grabado del mercado del puente de Roldán,⁷⁹ una especie de antología del costumbrismo pintoresco:

Está situado al pie del convento de la Merced y atravesado por el canal de la Viga, cuyas aguas tranquilas surcan innumerables barquichuelas [...]. La escena en las horas de venta se halla singularmente animada por el contraste que ofrece una muchedumbre compuesta de criollos, indios, extranjeros, mendigos, propietarios, cargadores, soldados, frailes, muleros, floreras, criadas, chinas y curiosos. Véanse allí hábitos de todas las órdenes monásticas, levitas negras y verdes, chaquetones de pieles, uniformes, mantas y andrajos; de los aguadores, tan distintos a los de España.

Sólo en el líquido que vende se asemeja el aguador de México a los robustos hijos de Pelayo⁸⁰ que en Madrid ejercen este oficio. El aguador mexicano va vestido con un saco de cuero, lleva un pantalón anchísimo y su enorme cántaro de barro colorado, o

chochocol, de forma completamente esférica no le ocupa los brazos. Este cántaro se halla sujeto a la frente por una correa;⁸¹ y de la naturaleza salvaje de las tierras vírgenes de los trópicos ("Volcanes de Colima").⁸²

Pero quizá donde se produce un vuelco más radical es en el caso de Santo Domingo. Tras el fracaso de la reincorporación de la parte occidental de La Española a España, las imágenes sobre la misma se vuelven cada vez más escasas (véase gráfica 3). Pero, además, frente a la anterior imagen de un Santo Domingo de edificios coloniales, marca de su vinculación con España, de su hispanidad, las revistas ilustradas se centran ahora en mostrar una República Dominicana que se desliza inexorablemente hacia el dominio estadounidense. Una República Dominicana que, débil y desprotegida, se entregaba al gran enemigo del norte. Más de 80% de las imágenes reproducidas hacen referencia a la presencia estadounidense en la isla ("La Comisión norteamericana dirigiéndose al palacio de Baez";⁸³ "Santo Domingo. Riña de gallos en presencia de la comisión de Estados Unidos").⁸⁴ Para que no quedase ninguna duda sobre el sentido de estas imágenes, este último grabado va acompañado por un texto en el que se afirma que los habitantes de Santo Domingo "han aceptado no pocas de las costumbres de los estadounidenses".

⁷⁸ *El Museo Universal*, 1869, p. 24.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 301.

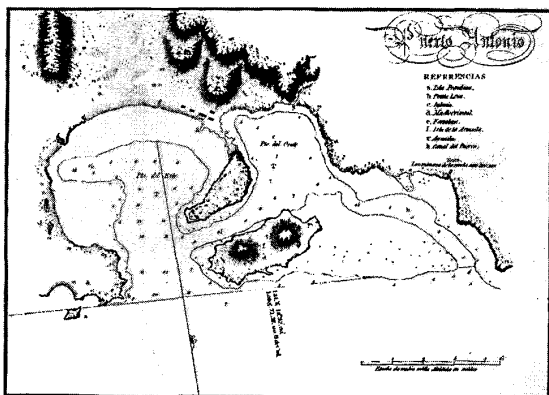
⁸⁰ Los aguadores madrileños del siglo XIX eran en su inmensa mayoría originarios de Asturias, de aquí la denominación de hijos de Pelayo, el fundador de la monarquía asturiana.

⁸¹ Es el texto que acompaña a un grabado titulado "Aguador mexicano", *El Museo Universal*, 1869, p. 308.

⁸² *La Ilustración Española y Americana*, 1870, p. 52.

⁸³ *Ibid.*, 1871, p. 236.

⁸⁴ *Ibid.*, 1872, p. 76.



Puerto Antonio, Jamaica.

Es también en este periodo cuando otros países del área del Caribe, entendida en el sentido que aquí se está utilizando, comienzan a hacer su aparición en las imágenes de la prensa ilustrada española. El Caribe deja de ser sólo Cuba, México y Santo Domingo. Se incorporan, aunque todavía, con un muy pequeño número de imágenes, Guatemala, Colombia, Puerto Rico, El Salvador, Nicaragua..., comenzando a dibujar así un mapa más preciso de este ámbito geográfico. Muy deformado todavía, ya que estos últimos países tienen una presencia casi testimonial.

CONCLUSIÓN

En el espacio que va de 1835 a 1874 las revistas ilustradas españolas fueron dibujando, imagen tras imagen, número tras número, un mapa mental del mundo del Caribe. Un mapa deformado en primer

lugar por lo que se refiere al tamaño. Si representásemos el tamaño de los diferentes países del Caribe, no el real sino el definido por el número de sus apariciones en las ilustraciones de la prensa española, veríamos que unos pocos países (México, Cuba y la República Dominicana) presentarían un tamaño muy superior al que tienen en realidad; el resto, por el contrario, serían sólo puntos, una vaga referencia geográfica. Pero deformado también por lo que se refiere a su contenido, un mundo familiar de ciudades españolas en el que lo extraño, lo exótico, va apareciendo con una gran lentitud y, sobre todo, no de una forma lineal. De hecho la restauración, fuera ya del ámbito de este estudio, va a recuperar nuevamente esa mirada familiar, de mundo cercano y conocido.

Sin embargo, deformado o no, este es el Caribe que las clases medias españolas de los tres primeros cuartos del siglo XIX



La toilette para el sarao.

vieron y vivieron como real. Un Caribe que se reducía, prácticamente, a Cuba, México y la República Dominicana. Extraña selección en la que, entre otras arbitrariedades, apenas parece existir Puerto Rico, la otra isla todavía española en ese momento en el Caribe, y en la que México, la antigua Nueva España, tiene un lugar tan preponderante en la imagen que del mundo americano se hacen los españoles, que es, imaginariamente, mucho mayor que el conjunto de las repúblicas centroamericanas, Venezuela y Colombia juntas.

Quizá, sin embargo, la conclusión más interesante de este análisis y sobre la que sería necesario extenderse más de lo que aquí podemos hacer, es la de que existe una mirada específicamente española sobre el mundo del Caribe; que, aunque influido por el de otras miradas europeas (exotismo, trópicos, etc.), el Caribe del imaginario español conserva algo de familiar, de cercano, y que esto es, en definitiva, al margen de su mayor o menor realidad, lo que las clases medias españolas vieron de un mundo del que, en la mayoría de los casos, nunca pudieron tener una imagen real. Era, por lo tanto, el Caribe realmente existente. Una imagen del Caribe que tuvo importantes implicaciones políticas y que está, sin duda, detrás de la retórica del hispanoamericanismo que tanta importancia va a tener en la política exterior española de finales del siglo XIX y principios del XX.

El último aspecto que habría que resaltar, y que explica muchas de las pecu-

liaridades de la mirada española sobre el Caribe, es el del imperialismo imaginario. La construcción de la nación española utilizó, desde muy pronto (estaba ya presente en los primeros intentos de articulación de una identidad nacional española en tiempos del conde-duque de Olivares),⁸⁵ la imagen de un glorioso pasado imperial como rasgo distintivo de nacionalidad. En el siglo XIX, ante la imposibilidad de mantener una trayectoria imperialista, en un momento en que las grandes potencias europeas aceleran su proyección colonial, esta imagen toma un claro matiz de reivindicación histórica, de exaltación de un pasado glorioso del que sentirse orgullosos y con el que identificarse. Y es este aspecto el que la mirada historicista sobre el Caribe intenta precisamente resaltar. La presencia, histórica, de España en el Caribe se convirtió así en una confirmación de la propia esencialidad del ser español. Era mucho más que un problema de imperialismo, era un problema de identidad nacional y bajo esta perspectiva debe de ser visto y analizado.

HEMEROGRAFÍA

Revistas con imágenes:

La Abeja, Barcelona, 1862-1870.

La Academia, Madrid, 1849.

Album Pintoresco Universal, Madrid, 1841-1843.

El Arpa del Creyente, Madrid, 1842.

El Artista, Madrid, 1835-1836.

El Globo Ilustrado, Madrid, 1866-1868.

La Ilustración, Madrid, 1849-1867.

La Ilustración Barcelonesa, Barcelona, 1858.

La Ilustración Española y Americana, Madrid, 1869-1874.

La Ilustración de Madrid, Madrid, 1870-1872.

El Laberinto, Madrid, 1843-1845.

⁸⁵ Para un análisis de la historia y características de la construcción, invención, de España desde el punto de vista de las imágenes, véase Pérez Vejo, *Pintura*, 2001.

El Mundo Militar, Madrid, 1859-1865.
El Mundo Pintoresco, Madrid, 1858-1860.
El Museo Universal, Madrid, 1857-1869.
Museo de las Familias o Revista Universal, Madrid, 1838-1841.
Observatorio Pintoresco, Madrid, 1837.
El Panorama, Madrid, 1838-1841.
El Periódico Ilustrado, Madrid, 1865-1866.
El Renacimiento, Madrid, 1847.
El Reflejo, Madrid, 1843.
Semanario Pintoresco Español, Madrid, 1836-1857.
El Siglo XIX, Madrid, 1837-1838.
El Siglo Pintoresco, Madrid, 1845-1847.

BIBLIOGRAFÍA

-Aken, Mark J. van, *Pan-Hispanism. Its Origin and Development*, University of California, Berkeley, 1959.
 -Aldama, Dionisio S. de y Manuel García González, *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta fines del año 1860: incluida la gloriosa guerra de África*, Imp. de Manuel Tello, 1860-1886, 17 vols.
 -Anderson, Benedict, *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1983.
 -Breuilly, John, *Nationalism and the State*, Manchester University Press, Manchester, 1993.
 -Brubaker, Roger, "Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo" en John A. Hall (coord.), *Estado y nación. Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*, Cambridge University Press, Madrid, 2000.
 -Cerny, Philip G., *The Changing Architecture of Politics: Structure, Agency and the Future of the State*, Sage, Londres, 1990.
 -Estrada, Genaro, *La Doctrina Monroe y el fracaso de una conferencia panamericana en México*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1959.

-Gebhardt, Víctor, *Historia general de España y de sus Indias desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, tomado de los principales anales, crónicas e historia que acerca de los sucesos ocurridos en nuestra patria se han escrito*, Librería Española, Madrid, 1861-1864, 7 vols.

-Geertz, Clifford, *The Interpretation of Cultures*, Basic Books, Nueva York, 1973.

-Gellner, Ernest, *Nations and Nationalism*, Blackwell, Oxford, 1983.

-Hastings, Adrian, *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*, Cambridge University Press, Madrid, 2000.

-Hayes, Carlton, *Nationalism: A Religion*, MacMillan, Nueva York, 1960.

-Hobson, John Atkinson, *Imperialism: A Study*, James Nisbet & Co., Londres, 1902.

-Inman, Samuel Guy, *Problems in Pan Americanism*, George Allen and Unwin, Londres, 1926.

———, *Inter-American Conferences, 1826-1954: History and Problems*, The University Press of Washington, Washington, 1965.

-Jover Zamora, José María, "La era isabelina y el sexenio democrático" en Ramón Menéndez Pidal (director), *Historia de España*, vol. XXXIV, Espasa Calpe, Madrid, 1965.

-Kaiser, Chester C., "México en la Primera Conferencia Panamericana", *Historia Mexicana*, vol. XI, núm. 41, julio-septiembre, 1961, pp. 58-80.

-Kaplan, Robert D., *Viaje a Tartaria. Un viaje a los Balcanes, Oriente Próximo y el Cáucaso*, Biblioteca Grandes Viajeros, Barcelona, 2001.

-Lafuente, Modesto, *Historia general de España: desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, B. Industrial, Madrid, 1850-1867, 30 vols.

-López-Ocón Cabrera, Leoncio, "La América, crónica hispano-americana. Génesis y significación de una empresa americanista del liberalismo democrático español", *Quinto Centenario*, núm. 8, 1985, pp. 137-173.

-Maya Sotomayor, Teresa, "Estados Unidos y el panamericanismo: el caso de la I Conferencia Internacional Americana (1889-1890)", *Historia Mexicana*, vol. XLV, núm. 180, abril-junio, 1996, pp. 759-782.

-Morales, Salvador, *Primera Conferencia Panamericana. Raíces del modelo hegemónico de integración*, Instituto Jorge L. Tamayo, México, 1994.

-Ortiz, Fernando, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, Librería de Paul Ollendorf, París, 1910.

-Ortiz de la Vega (seudónimo de Fernando Patxot y Ferrer), *Anales de España: desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, Cervantes, Barcelona, 1857-1859, 10 tomos.

-Palacios, Fernando, "Estado y colonialismo en la España contemporánea" en Francisco Valido, Agapito Maestre y Domingo Fernández Agis (coords.), *El proceso de unidad europea y el resurgir de los nacionalismos*, Euroliceo, Madrid, 1993.

-Pekonen, Kyosti, "Symbols and Politics as culture in the Modern Situation: The Problem and Prospects of the 'New'" en John R. Gibbins (coord.), *Contemporary Political Culture: Politics in a Postmodern World*, Sage, Londres, 1989.

-Pérez Vejo, Tomás, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Nobel, Oviedo, 1999.

———, "La guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana", *Historia Mexicana*, vol. L, núm. 198, octubre-diciembre, 2000, pp. 271-308.

———, "La invención de una nación: la imagen de México en la prensa ilustrada de la segunda mitad del siglo XIX" en Celia del Palacio Montiel (comp.), *Historia de la prensa en Iberoamérica*, Alianza del Texto Universitario, Guadalajara, 2000 (a), pp. 355-369.

———, "La invención de una nación: la imagen de México en la prensa ilustrada de la primera mitad del siglo XIX. 1830-1855" en Laura Suárez de la Torre (comp.), *Empresa y cultura en tinta y papel*, Instituto Mora/Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM, México, 2000 (b), pp. 395-408.

———, *Pintura de historia e identidad nacional en España*, Universidad Complutense, Madrid, 2001.

-Rippy, James F., "Pan-Hispanic Propaganda in Hispanic America", *Political Science Quarterly*, vol. XXXVII, 1922, pp. 389-414.